

Neurolingüística

KRANION. 2007;7:157-8

Las lagunas del término «lacunar»

C. CARNERO PARDO

Hace poco tiempo, un joven residente me llamaba la atención con cierta sorna por diagnosticar a un paciente de infarto lagunar en lugar de infarto «lacunar». No es la primera vez que esto ocurre; en múltiples ocasiones el que suscribe ha sido corregido, y no pocas veces criticado, por llamar lagunar a lo que la inmensa mayoría de neurólogos llama, de forma inadecuada según mi parecer, «lacunar». Esta polémica ha aparecido también en reiteradas ocasiones en otros mentideros neurológicos, como la lista de correo Neurología de RedIRIS, un activo foro de discusión y debate de neurólogos de habla hispana, en el que se llegó a proponer jocosamente que ni «lacunar» ni lagunar, que lo más apropiado, quizás, sería utilizar los términos lacustre o lagunoso.

¿Existe justificación para que el uso del término lagunar sea criticable? No. ¿Hay motivos para persistir en esta práctica, claramente contracorriente? Sí. Es más, como antes he insinuado, pienso que lo incorrecto e inadecuado es el uso del término «lacunar» y lo lógico, correcto, adecuado y acertado es lagunar; me explico.

Aunque el término «lacune» y sus derivados «lacunar» y «lacunaire» eran ya utilizados en la escuela

neurológica francesa del siglo XIX e inicios del XX (Bourneville, Marie, Foix), las referencias neurológicas modernas del término la constituyen, sin duda, los trabajos de C. Miller Fisher, en concreto sus artículos de *Neurology* de 1965 y 1982^{1,2}. En el primero de ellos, el mismo título («Lacunes: small, deep cerebral infarcts») describe claramente el concepto neurológico de «lacune» y el primer párrafo delimita meridianamente el mismo:

“Lacunes may be defined as ischemic infarcts of restricted size in the deeper parts of the brain. [...] irregular cavities, 0.5 to 15 mm in diameter...”

En estos mismos trabajos, C. Miller Fisher usa el término «lacunar» para referirse a los eventos clínicos y síndromes característicos que producen y acompañan a este tipo de lesiones.

El concepto neurológico de «lacune» amplía a partir de entonces el campo semántico de una palabra ya en uso por la lengua inglesa, tanto en su forma propia («lacune») como latina («lacuna», «lacunae»), con dos acepciones, «vacío, hueco, agujero» y «cavidad o depresión anatómica», semánticamente próximas al

Dirección para correspondencia:

Cristóbal Carnero Pardo
Servicio de Neurología
Hospital Virgen de las Nieves
Av. de las Fuerzas Armadas, 2
Granada

concepto nuevo. Es importante destacar que ni las acepciones previas del término en inglés ni la nueva neurológica tienen nada que ver con los conceptos «lago» y «laguna» en sentido de «lago pequeño», para los cuales en inglés se utilizan los términos «lake» y «lagoon», sino más bien, con los conceptos de «hueco» y sobre todo, en el caso del concepto neurológico, «agujero».

Cuando el término «lacune» se incorporó a la lengua española, se optó con muy buen criterio por la palabra «laguna», pero no por su primera y más conocida acepción de «Depósito natural de agua, generalmente dulce y de menores dimensiones que el lago», sino por sus otras acepciones («defecto, vacío, solución de continuidad», «omisión, hueco»), que aunque menos conocidas, sí son semánticamente más próximas a las del término inglés y al concepto neurológico de «lacune». Resulta en cambio sorprendente que, en ilógica falta de correspondencia, a la hora de traducir el término inglés «lacunar» no se optara por la palabra española lagunar; pareciera como si la regla y los argumentos que justifican la traducción «lacune»-laguna no sirvieran para «lacunar»-lagunar; es evidente que esta decisión del primigenio traductor sólo pudo estar basada en una laguna de conocimiento, por desconocer la existencia de este término, o en una laguna de criterio.

Existen los mismos argumentos de corrección y oportunidad para decir «los infartos “lacunares” producen pequeñas lagunas en el cerebro», que es lo que dicen la mayoría de neurólogos, que «los infartos lagunares producen pequeñas “lacunas” en el cerebro» que no diría ninguno; lo lógico, en cambio, es que se adoptara el mismo criterio para la traducción o no traducción de ambos términos, por lo que las alternativas más lógicas serían «los infartos “lacunares” producen “lacunas” en el cerebro», que implica la introducción de dos palabras nuevas, o, la que desde mi punto de vista es la más adecuada y lógica, «los infartos lagunares producen lagunas en el cerebro», que utiliza el mismo criterio para la traducción de dos términos íntimamente relacionados y que no introduce palabras nuevas al utilizar términos ya existentes en nuestra lengua con acepciones, si no idénticas, sí conceptualmente próximas.

Se esgrimen diversos argumentos para justificar esta disonancia a la hora de traducir «lacune» y «lacunar». Por una parte, algunos aducen que el concepto al que

se refiere el término «lacunar» no coincide con ninguna de las acepciones de lagunar; siendo esto cierto, no lo es menos que la misma circunstancia acaece con «laguna» en sentido neurológico, un concepto distinto al de sus acepciones previas en nuestra lengua sin que ello haya sido óbice para adoptarla como término adecuado. Este hecho es consonante con lo que ha ocurrido con otros términos que han ampliado su campo semántico en respuesta a desarrollos técnicos o médicos como, por ejemplo, ictus en el campo de la neurología o programa y equipo en el campo informático, palabras que han incorporado a su campo semántico sus nuevos significados. Para otros, la explicación para la preferencia de «lacunar» sobre lagunar radica en su estructura fonética que hace que acústicamente resulte cacofónico lagunar; argumento que tampoco se sustenta, pues lo mismo podría decirse sobre laguna y «lacuna».

Las causas son lo de menos, sean cuales fueren éstas, el hecho es que en la actualidad el uso de «lacunar» es tan generalizado que induce a que los pocos que no lo utilizamos seamos a veces corregidos por nuestra incorrección y otras veces criticados, por nuestra inflexibilidad y la no aceptación de lo establecido por la mayoría de hablantes. Pero no tiene sentido hablar en términos de corrección/incorrecto, adecuado/inadecuado o acertado/equivocado; aunque esté convencido de que lo correcto, adecuado y acertado es lagunar, también reconozco que es el uso el que determina y sañiona la corrección, adecuación y acierto de un término o alocución; sirva como ejemplo la frase «a pie juntillas» que, a pesar de sus incongruencias gramaticales denunciadas incluso por académicos de la época, acabó imponiéndose y hoy día aparece en el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*. En este sentido y a tenor de la frecuencia de uso, todo parece indicar que «lacunar» acabará imponiéndose; lo que desde esta tribuna prestada se reclama es el derecho a poder seguir diciendo «a pies juntilllos» lagunar sin ser criticado por aquellos que probablemente desconozcan que la alternativa que ellos usan y defienden no es más que el fruto de una inoportuna, aunque afortunada, «lacuna».

BIBLIOGRAFÍA

1. Fisher CM. Lacunes: small, deep cerebral infarcts. *Neurology*. 1965; 15:774-84.
2. Fisher CM. Lacunar strokes and infarcts: a review. *Neurology*. 1982; 32:871-6.